

COMPRE USTED MAÑANA
el núm. 14 de la original publicación
semanal de

BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS DE LA PANTALLA
**LA NOVELA ÍNTIMA
CINEMATOGRAFICA**

Contiene la biografía del grandioso
artista, protagonista de

«Los Diez Mandamientos»

ROD LA ROCQUE

Numerosos datos y fotografías

Regalo de una lujosa postal

Precio popular: 35 cts.

La exclusiva de venta de nuestras publicaciones la tenemos cedida a la **Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**—Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID y Ferrocarril, 20, IRÚN.

E. VERDAGUER MOÑERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 179

25 cts.



LA JORNADA
DE LA MUERTE

POR
JACK HOLT Y
MAGDE BELLAMY

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 179

La jornada de la muerte

Interesante producción americana,
interpretada por el gran actor

JACK HOLT

y la bella artista

MADGE BELAMY

Paramount Pictures Corporation

EXCLUSIVA DE
SELECCINE S. A.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
MARY ALDEN

La jornada de la muerte

Argumento de la película de dicho título

En los vastos bosques del norte del Canadá, la poderosa Compañía de la Bahía de Hudson, mientras duró su concesión, fué dueña y señora de vidas y haciendas. Los capataces de la Compañía, dedicada al negocio de pieles, tenían carta blanca sobre comerciantes y cazadores.

Uno de los puestos más remotos y solitarios de la Compañía, escondido la mayor parte del año entre nieves y hielo, era el llamado Fuerte Rupert, situado a quinientas millas del poblado más cercano.

Después de una jornada de tres meses, llegó un correo a Fuerte Rupert con noticias del mundo.

Había carta de la Compañía para el capataz y única autoridad en el distrito del Fuerte Rupert, Gustavo Albret, recién casado con una agradable y modesta mujercita, Elodia, que llegó de Winnipeg a tal efecto.

Hombre rudo, de alma templada en los peligros, el capataz trataba con mano firme a

sus subalternos y era muy celoso de su joven esposa.

En la cabaña de Albret entró, poco después de haber llegado el correo, Graham Stewart, mercader de pieles, y amigo, hasta hacía poco tiempo, de aquél.

Y decimos que había sido amigo del capataz, porque a la sazón, si bien Stewart seguía considerando de la misma manera a Albret, éste lo calificaba, para sus adentros, de falso.

Causa de ello, los celos, que Le Voy, un intrigante, enemigo de Stewart, se encargó de despertar en el pecho de Albret, ya de sí propicio a ello.

Aquel día, Stewart recibió de manos del capataz un paquetito procedente de Quebec, que fué a desenvolverse junto al hogar, después de despojarse de su abrigo de pieles cubierto de nieve, encontrándose casualmente al lado de Elodia.

A la curiosidad de Stewart por saber el contenido del paquete, se unió la de la simpática mujer, y pronto quedaron ambos satisfechos: era una pitillera, en la que había grabadas las iniciales de su nombre y apellido, regalo de su mujer y su hijito.

Elodia felicitó a Stewart por el cariño que le demostraba su esposa, y en tanto, Le Voy murmuraba a los oídos del fiero capataz lo que no existía y estaba muy lejos de ser realidad, señalándole a aquéllos.

—Véalos y convéznase de que es cierto lo que le dije... Y cuando usted no está...

Albret fingió no dar demasiado crédito a las palabras del intrigante, pero para sí propio ya estaba tomada una determinación. Precisamente acababa de recibir contestación a una carta escrita a la Compañía, ocupándose de Stewart, para desembarazarse de él.

Le llamó, y dióle a leer el párrafo que la Compañía le dedicaba en la carta que trataba de asuntos generales.

Decía, aquél, así:

Estamos de acuerdo con su plan de economías, en el cual nos propone la supresión del empleo de jefe de compras en ese puesto. Diga a Stewart que se presente al capataz de Lago La Belle, quien tal vez podrá proporcionarle un empleo en su puesto.

En acabando de enterarse de su injusta expulsión de Fuerte Rupert, Stewart, indignado, dijo a Albret:

—Si esta es la recompensa de la Compañía por mis servicios, prefiero marcharme.

—La Compañía necesita reducir gastos.

—No es ese el motivo, Albret, que le ha dictado mi cese en el empleo de que aquí he disfrutado hasta ahora, pues no se puede prescindir de un jefe de compras en este distrito. Pero yo sabré corresponder a la conducta de la Compañía para conmigo.

—¿Qué piensa usted hacer?

—Me dedicaré al comercio de compra y venta de pieles por mi propia cuenta.

—Hágalo, pero no olvide lo que suele sucederles a los mercaderes independientes.

—Conozco los métodos de la Compañía. ¡La larga jornada!... Ya sé que la Compañía hace viajar a sus víctimas, sin defensa y sin alimentos, por las heladas llanuras, para que perezcan en ellas. ¡Ya sé que ustedes, los capataces, siempre protestan de su inocencia; pero todo el mundo está enterado de sus métodos!... ¡De la jornada de la muerte!

—Se cuentan muchas fantasías, Stewart... pero, por su bien le aconsejo que no se le vea por aquí... si persiste usted en dedicarse por su cuenta al negocio que explota mi Compañía.

El invierno avanzaba. El hombre víctima de las intrigas de un miserable, establecido por su cuenta, era espiado sin cesar por los sabuesos de Albret, hasta que una noche, sorprendido y acorralado, quemáronle la tienda de campaña bajo la cual se cobijaba, y le abandonaron en la nieve, sin fuerzas para andar ni defensa alguna.

Cuando amaneció, Stewart comprendió su crítica situación: ante él se presentaba la interminable marcha entre la nieve, la larga jornada, durante la cual el hambre, la tristicza, el frío y las enfermedades agotan las energías del hombre más fuerte.

Y Stewart anduvo, anduvo... y la muerte no se hizo esperar, trágica, horrible... Un alborotado cubría lentamente su rígido cuerpo.

Algún tiempo después, lejos de aquellas regiones donde imperaba la tiranía de los poderosos, Ned, hijo de Stewart, lloraba junto al

cadáver de su madre, y rogaba por el regreso de su padre, cuya muerte seguía ignorando.

En medio de su pena, Ned recibió la visita de un desconocido, portador de algunos objetos que pertenecieron a su padre.

—Acabo de llegar del país de los indios cuyo jefe es “Cuchillo Amarillo”.

Tales fueron las palabras con las que se presentó el visitante, y a continuación refirió ante el niño y un familiar, la triste muerte de Stewart, cuyo cadáver encontró en terreno que sufría el mayor abandono. Buscó sus papeles, y así pudo identificarle. Guardóse los objetos que le encontrara encima, y cumplía un deber de humanidad informando a la familia de lo ocurrido, entregándole, además, los tristes recuerdos del desaparecido, entre ellos la pitillera, último regalo de los suyos, recibido con tanta alegría.

El generoso desconocido despidióse, emocionado, del niño y su pariente, manifestando, como remate de sus explicaciones, que Stewart había sido mandado por alguien a la muerte... que quien fué el culpable era un secreto que nadie descubriría... y que le había enterrado debajo de un montón de piedras... para que no le desenterrasen los lobos.

* * *

Con los años, el niño se hizo hombre.

Como su padre, Ned decidió ganarse la vida en las regiones por las que aquél viera deslizarse los días de su existencia.

En poco tiempo, Ned Stewart, conocido por Ned Trent, era el mercader de pieles más intrépido que osó desafiar a los omnipotentes capataces de la Compañía de la Bahía de Hudson.

Muchas leguas más allá, en dirección al Norte, los rumores de la buena suerte del mercader de pieles independiente, tenían preocupados a los secuaces de la gran Compañía.

Albret tenía más poder que nunca y abusaba de él con la crueldad de un verdadero déspota.

Como lo hiciera con el padre, tocóle a Albret el fallar acerca del hijo.

—Trent ha establecido un puesto... Eso no es más que un desafío a la Compañía. Se le ha advertido tres veces... Ya que los avisos no valen, valdrán los hechos. Estas cosas hay que llevarlas con mano de hierro—dijo.

Y, dispuesto a obrar, ordenó a Plácido, el jefe de sus sicarios, que se suprimieran las contemplaciones con Trent, que se lo trajese, a fin de hablarle claro.

Plácido lo preparaba todo para marchar a cumplir la indicación recibida, y mientras, Virginia Albret, la hija del capataz y su único afecto desde la muerte de la madre, ocurrida años antes, conversaba cariñosamente con Aquiles Picard, compañero de la infancia de ella.

Virginia era bella como un mayo, y Picard sentía por ella una simpatía fraternal, a la que se unía un poco de compasión por su ino-

cente espíritu, educado en los estrechos moldes de una férrea disciplina y sin haber tenido contacto alguno con el mundo.

Nada sabía Virginia acerca del daño que podía causar su padre a los negociantes independientes, y por eso despidió alegremente a Plácido y sus hombres, entre los que se contaba Picard, cuando se alejaron río adentro.

Ned, que era muy listo, estaba intranquilo. Aunque hacía varias semanas que no asomaba ningún peligro por los caminos y senderos del Norte, su instinto le hacía presentir algo terrible.

De pronto, Ned vio moverse la vegetación no lejos de sí, y descubrió a sus enemigos. Se puso en guardia. La gente de Albret persiguió a través de los bosques, pero Ned supo despistar a todos. Cuando, considerándose seguro, el valeroso joven oteó frente a sí, fusil en mano con un dedo en el gatillo, la traición, que acechaba, amenazaba su seguridad. En efecto, Picard, desde una barquita, había visto a Ned y trepaba cautelosamente por unas rocas con ánimo de sorprenderle y obligarle a rendirse.

Pero Picard no era buen gimnasta y cayó al agua, volviéndose Ned al percibir el ruido de la zambullida.

—¡Ah! Salió mal el cálculo, ¿verdad?—gritó a Picard.

Este agitaba los brazos en el agua, desaparecía en el líquido completamente, y luego volvía a asomar su cabeza, reflejándose en su

semblante el pavor. Ned echó de ver que Picard no sabía nadar, pero se encogió de hombros, tratándole como a un enemigo.

Picard gritó entonces a Ned desesperadamente. Iba a perecer. Ante la tragedia, Ned, venciendo a sí mismo, y sin reparar en que el resto de sus perseguidores podía aprovechar la ocasión para capturarlo, se arrojó al agua en aras de un sentimiento noble. Y salvó a Picard de una muerte segurísima.

Y ocurrió lo que era de temer. Así que Ned dejó el cuerpo de Picard en tierra, a salvo, presentáronse Plácido y sus hombres, que encañaron sus fusiles al abnegado joven, que hubo de entregarse prisionero.

Plácido se felicitaba por su triunfo, pensando en los elogios que le haría Albret cuando le viese llegar con el peligroso mercader independiente.

Tal y como lo previera Plácido, la aparición de los ausentes causó gran alborozo en Fuerte Rupert, acudiendo casi todos sus habitantes a recibirlos.

Virginia también salió de su cabaña a presenciar el regreso de las gentes a las órdenes de su padre, acercándose Picard—tan pronto estuvo en tierra—a saludarla.

Ned, custodiado por Plácido, pasó junto a la joven, que se fijó en él, como él en ella, raudándose mutuamente, con extrañeza ella, y muy respetuosamente él.

Al tiempo que Ned desaparecía hacia el interior de la cabaña del capataz, Virginia se

interesó por él cerca de Picard, que seguía a su lado.

—¿Quién es ese desconocido?

—Le fuimos a buscar en el sur. Sólo sé que es un hombre muy valiente... que me salvó la vida...—dijo Picard en tono de agradecimiento, pero evadiendo la conversación sobre aquel punto.



Y ocurrió lo que era de temer. Así que Ned dejó el cuerpo de Picard en tierra...

—¿Por qué ha venido aquí?—insistió Virginia.

Picard callóse y buscó un pretexto cualquiera para separarse de la inocente muchacha.

Entretanto, Ned se enfrentaba con Albret en la cabaña.

—Me he visto obligado a traer a usted aquí para que no siga echando en saco roto las advertencias que le he hecho por tres veces. En cada una de ellas le he puesto de manifiesto que no le permitía que comerciase en los dominios de mi Compañía. ¿Por qué, pues, ha insistido usted, cuando sabía perfectamente que aquí no permitimos rivales?

—Porque no creo que sean ustedes amos y señores de la creación.

—Es posible que no lo seamos, pero tenemos medios de hacer obedecer nuestros deseos.

—Ya sé... ¡La larga jornada!

—¿La estúpida leyenda de siempre! ¿También se la han contado a usted?

—¿Leyenda o no, yo le desafío a usted a que me la aplique!

—¿Eh? ¿Se atreve usted aún a ponerse insolente?

—No hago más que defender mis derechos en un terreno completamente legal a los ojos de la razón. Yo estoy dispuesto a continuar negociando por mi cuenta en doquiera, importándome un mito las amenazas de vuestra explotadora Compañía, de ese odioso trust que como perros malos defendéis.

Albret tenía motivo para mandar arrojar de su presencia al soberbio mozo. Así lo creían los que estuvieron presentes a la escena. Pero Albret buscó otra fórmula de arreglo de aquel pleito. Irguióse con energía, y cuando todos esperaban oír de sus labios la orden de expulsión de allí, el capataz dijo a Ned:

—Siempre me ha gustado tratar con valientes, Trent. La Compañía necesita gente de su temple. ¿Por qué no acepta usted un puesto entre nosotros?

A una indicación de Albret, quedaron a solas Ned y él.

Ned se negó en absoluto a trabajar para provecho de la Compañía, enfureciéndose Albret ante la postura hostil en que se empeñaba en seguir el mercader independiente.

—Bien Usted solo será responsable de lo que suceda.

—Tengo conciencia de mis actos, y no me arrepentiré nunca de nada que me suceda escuchándome a mí mismo.

—Puede usted retirarse. Mis hombres le vigilarán... y allá veremos lo que se hace con usted.

—Supongo que es absolutamente inútil exigir la entrega de mi rifle, que uno de sus hombres me quitó en el sur.

—Tiene usted un instinto admirable. Un rifle, en ciertas manos, es un peligro constante. Estamos de acuerdo, ¿no?

—Es usted un hombre de talento. ¿Se le ocurren unas ideas! ¿Me será permitido al menos gozar de la hospitalidad de este puesto mientras se dispone de mi suerte?

—Desde luego. Le daré tiempo para reflexionar... De lo contrario, hablaremos de otro modo.

—Decídase pronto, porque yo no he de ce-

der. Hasta aquí he sido libre, y seguiré siéndolo.

En aquel momento entró Virginia en la bañía, atravesando la estancia en que se hallaban los dos hombres, caracteres homogéneos pero incompatibles en aquella ocasión por el hecho de defender el uno algo que no era directamente suyo, y atacar el otro esa forzada propiedad. Ned miró con admiración a la muchacha, y lo propio hizo ella, que no sabía de los goces de la vida ni los más insignificantes detalles.

Albret contempló a los dos jóvenes que cruzaban sus miradas como necesitados de ellas, y se dió cuenta de que el amor se había introducido en su casa con la llegada de su audaz prisionero.

Y no se había equivocado.

Cuando se halló a solas con Virginia, Albret esperó a que ella hablase la primera.

—Padre, ¿por qué ha venido aquí ese hombre? Por más que lo pregunto, nadie sabe decirme.

Albret disimuló su enojo, y respondió a su hija, indiferente:

—No te preocupes de ello, Virginia. Mira, es hora de tomar mi te. Ve a la cocina, y tráemelo.

La joven se preocupó todavía más, acicateada su curiosidad por el mutismo que observaba en todos, y la figura de Ned no lograba borrarse de sus ojos.

Al borde del agua, Ned encontr6se con Picard, que afilaba su cuchillo junto a una barquichuela, y le pregunt6:

—¿Qué piensa hacer de mí el amo?

Picard trat6 de desviar el tema, pero Ned insistió en saber qué suerte le esperaba.

—¡El sólo lo sabe!—dijo, al fin, aquél.

—Y tú también debes saberlo, Picard, y no en premio a lo que yo hice por ti, sino por consideración a la simpatía que nos profesamos los dos desde entonces, debes enterarme de todo, para que yo sepa a qué atenerme. Desde luego, tus comunicaciones serán para mí sagradas. Habla, ya, Picard.

—No sé... pero me parece que le tendrán a usted aquí hasta que lleguen las nieves... Entonces le harán emprender la "larga jornada".

—Eso me figuraba yo... y veo que no me equivoqué. Por tal razón me ha dado hospitalidad Albret en el Fuerte. Pero si tuviese un rifle y encontrase un medio de escaparme, ¿crees tú que me salvaría?

—Es posible... Pero, ¿cómo conseguir un rifle?

—Tú me lo conseguirás.

—¿Qué dice usted? ¡Oh! ¡Antes que hacer eso, prefiero que me traguen las aguas del lago! ¡Conozco demasiado a mi amo!

—No temas. No voy a comprometerte. Si consiguiera encolerizarle, tal vez me arrojara del puesto ahora mismo para quitarme de delante.

Virginia y su padre estaban hablando cuando Ned se aproximaba a la cabaña con ánimo de poner en práctica su propósito de provocar a Albret para que éste sintiera la imperiosa necesidad de alejarlo del Fuerte sin más dilación.

—Virginia, hija mía, creo que ha llegado la hora de que conozcas el mundo. ¿Te gus-



—No sé... pero me parece que le tendrán a usted aquí hasta que lleguen las nieves.

taría ir a Quebec?—le decía en aquellos instantes Albret a su hija, para descartar el temor de que se enamorase de veras del desconocido.

Virginia, que entonces era cuando mayor

gusto encontraba a vivir en la soledad de la rudeza de su padre, no se permitió rebelarse al deseo del tirano, y aunque se traicionaba a sí propia, contestó que estaba dispuesta a hacer lo que él le mandase.

La reaparición de Ned en la cabaña coincidió con la ausencia de Virginia, que se fué a la cocina para servir el te a su padre, y causó desagradable efecto a Albret, pues de un momento a otro volvería a estar allí su hija.

—¿Quién le ha mandado llamar?—dijo secamente a Ned, que resistió su severidad con la sonrisa en los labios.

—¿Cuándo es la marcha, Albret?

—¿A qué viene esa pregunta?

Ned lió un cigarrillo, sentóse en la mesa, cubierta la cabeza, y replicó indolentemente:

—Como sé que usted tiene golpes originales, preferiría, la verdad, que no me cogiera usted demasiado de sorpresa.

—¿No podría usted sentarse en una silla?

—No; ya estoy bien aquí. Así le veo a usted mejor.

Virginia volvió, portadora del servicio de te para su padre.

Al ver a Ned, la muchacha se turbó, pero desagradáronle las maneras que empleaba con su padre, cuyo enfado de éste por las mismas saltaba a la vista.

Albret, a fin de que su hija estuviera allí lo menos posible, mandóle que se retirase. El mismo se serviría la colación.

Virginia obedeció, pero antes de que desapa-

reciera hacia otras habitaciones, Ned la cogió de una mano y, haciéndole atrevidamente el amor, le dijo, siempre al objeto de sulfurar al capataz:

—Señorita, su papá me ha brindado hospitalidad en su casa. Tendré el gusto de pasar unos días con ustedes y luego me despediré para empezar la “larga jornada”, o la “jornada de la muerte”, como también suele llamársele.

Virginia quedó atónita. No sabía lo que Ned quería darle a entender con aquellas palabras. Afortunadamente, Albret se encargó de que su hija se marchase, antes de que Ned incurriese en la indiscreción de referirle lo que significaban sus declaraciones.

Otra vez frente a frente los dos enemigos, Albret, amenazador, dijo a Ned:

—¡Ya que se ha atrevido usted a resucitar una leyenda, un mito, haremos que se cumpla!

—¡Miserable!—gritó Ned, celebrando que la cosa se pusiera seria.

Albret llamó a sus hombres, y dijo, dirigiéndose a todos:

—Contad todos los rifles que hay en el puesto... y que nadie le dé a este hombre víveres o armas.

Luego:

—Algunos de vosotros estáis enterados, por haberla oído contar, de la historia de la “larga jornada”. Este hombre va a emprenderla antes de que el sol salga dos veces. Es un castigo

ejemplar, que él mismo ha escogido mofándose de nosotros.

Ned sonrió satisfecho, y cuando salió de la cabaña, detúvose al pie de una ventana, y vió en el interior a Virginia llorando. Hombre joven y de temperamento romántico, como todos los héroes, Ned comprendió, con legítima satisfacción, que la llama del amor había prendido en el corazón de la doncella... y que esas lágrimas serían su salvación.

Y rumoreó, alejándose:

—Conseguiré un rifle.

Por la noche, Ned, dejándose llevar de su intuición, esperó a Virginia cerca de la cabaña de su padre, y la vió salir para disfrutar unos momentos de la calma que reinaba en el ambiente iluminado de plata desde el cielo.

Acercóse a ella, asustándola agradablemente, y le dijo con ternura:

—Si mi compañía no la molestase, con sumo placer conversaría con usted en esta noche tan espléndida.

Virginia no supo resistirse, y a poco se hallaban en el bosque, donde Ned esgrimió las armas del enamoramiento para sobornarla.

—Cuénteme algo de su vida—pidióle Virginia a Ned, cuando se detuvieron, sentándose ella en una mole de piedra.

—¿Qué podría yo contarle, señorita, que llegara a interesarla?

—¿Quiere usted hablarme de eso que llaman la "larga jornada"... ¿Qué es ello?

Ned volvió el rostro hacia un lado, para

que Virginia no leyera en él el odio que irresistiblemente sentía hacia Albret que mandaba a la muerte de tan miserable manera a los que no se sometían a su autoridad, y la muchacha pensó que Ned no la había oído, que debía pensar, tal vez, en otra cosa que le importaba más que ella, y dulcemente inquirió:

—¿No es usted feliz, señor Trent? ¿Podría ayudarle en algo?



—Cuénteme algo de su vida.

—Si le diese a usted a escoger entre un acto de obediencia y otro de piedad, ¿qué haría usted?—empezó Ned por decir, para prepararse el terreno.

Virginia se le quedó mirando con inefable

expresión, y musitó, sin apartar sus lindos ojos de los de Ned:

—Haría lo que usted me dijese.

La pureza de la frase pronunciada por los labios de la doncella, desanimaron a Ned en su plan de abusar de su bondad. Además, sentía que el mismo afecto nuevo que la llevaba a ella a él, le decía que no era honrado burlarse del corazón. Sin embargo, trató de llegar hasta el final.

—Quisiera pedirle un favor, pero...

—¿Que olvide las palabras que tuvo usted esta tarde con mi padre? Yo creo que si usted le pidiese excusas por lo pasado, él se haría amigo de usted. En el fondo, es muy bueno.

—Sería lo mismo que si hiciese amistad con el diablo—no pudo menos de responder Ned, arrepintiéndose después.

La importuna salida de Ned causó tal enfado a Virginia, que se negó a seguir escuchándole, separándose de su lado en el acto, para regresar confusa a su casa.

Un hombre surgió entonces de la espesura. Era Picard. Se dirigió a Ned.

—Por favor, señor... La señorita no está enterada de lo que le sucede a usted. Quizá le entregue un rifle... Si lo hace así, sólo Dios sabe lo que le sucederá a la pobre cuando el amo se entere—díjole implorante.

—No pases cuidado, Picard. Yo no quiero abusar de su confianza.

Pero Picard no estaba tranquilo, y por si acaso Ned había obtenido de Virginia la pro-

mesa de que le proporcionaría un rifle, fué en su busca, y le hizo las advertencias que creyó oportunas para evitarle un mal paso.

—¡Mucho cuidado, Virginia! El señor Trent es un buen hombre, pero, si le entrega usted un rifle, su papá se pondrá furioso.

Virginia abrió los ojos lo mismo que el corazón, y respondió, desconcertada:



—Sería lo mismo que si hiciese amistad con el diablo.

—¿Por qué necesita el señor Trent mi auxilio? ¿Está acaso en peligro?

Y Picard huyó, para no dar explicaciones, lamentándose del error que acababa de cometer, toda vez que Virginia no estaba enterada

aún de nada y Ned le había prometido no abusar de su bondad.

* * *

Al día siguiente, Virginia procuró hablar con la esposa del médico de la Compañía, la señora de Cockburn, excelente mujer, y por ella, después de mucho rogar, pudo saber a qué había llegado al Fuerte el forastero.

Alarmada, atando cabos, Virginia procuró entrevistarse con Ned, y le dijo, al alcanzarle en un lugar solitario:

—¡Ahora lo comprendo todo!... ¡Usted va a ir a la muerte... por orden de mi padre!

—¿Quién le ha dicho a usted eso, señorita?

—No hablemos por hablar, señor Trent. Mi padre cree que cumple su deber, pero en realidad comete un asesinato... No puedo permitir que él realice semejante crimen.

—Le ruego que no se ocupe usted de ello...

—Sí, sí, he de hacerlo. Anoche tenía usted intención de pedirme un rifle, ¿no es así?

—Sí; pero ya lo tengo.

—Me parece que miente usted. Yo sí que lo tengo. Es un rifle cuya existencia todos ignoran... del que yo me apoderé... No lo echarán nunca de menos.

—¡Ah! ¿De veras?

—Yo no supe mentir nunca. ¿Ve como usted me engañaba?

—No quisiera que por mi causa...

—Nada tiene usted que temer... Yo le pres-

taré mi rifle, pero es preciso que me prometa que me lo devolverá en Quebec.

—¿Va usted a ir a Quebec? ¿Y quiere usted que la vea allí?

—Sí...

—¡Oh! Con un rifle... y esperándome usted



—Le ruego que no se ocupe usted de ello...

en Quebec, soy capaz de arrostrar los mayores peligros del mundo.

Y Virginia, cuyo corazón ya no le pertenecía, sonreía llena de felicidad.

Quedaron en volverse a ver por la noche,

al amparo de cuyas sombras se fugaría Ned.

Y se vieron, junto al muelle del río.

—¿Consiguió usted el rifle?

Temerosa de que alguien les sorprendiese, Virginia oteó el bosque en todas direcciones, y entregó el arma a Ned, que experimentó una gran alegría.

—Lo que ha hecho usted por mí no tiene precio.

—Debía hacerlo.

—Es usted muy buena, Virginia.

—Hasta que sepa que está usted a salvo, mi vida será un tormento.

—En agosto estaré en Quebec.

—Le esperaré...

—¡Adiós! Y quién sabe si algún día volveré a este país acompañado de usted...

Virginia sonrió emocionada, y balbució, acercándose más a Ned:

—¿Me ama usted?

El la estrechó con ímpetu contra su pecho y, rozándole los labios, respondió:

—¡Como no he amado nunca!

—¡Y yo, Dios mío!...

La separación se imponía. Virginia misma aconsejaba a Ned que huyese cuanto antes, oprimida por la angustia de que se llegara a descubrir el propósito de evasión del prisionero.

Pero he aquí que, en el río, varios hombres, que ocupaban una barca, se apercibieron de que otra barca estaba amarrada al muelle, y se acercaron.

Ned, considerándose perdido, hizo que Virginia, para que nadie supiese su complicidad en su fuga, huyese a través del bosque y regresara a la cabaña sin haber sido vista por nadie. En cuanto a él, no pudo hacer frente a los hombres que desembarcaban, porque el



—*¡Adiós! Y quién sabe si algún día volveré a este país acompañado de usted.*

rifle estaba ya en el fondo de la barca, y aquellos lo acababan de descubrir.

Inmediatamente, Ned compareció, conducido por su gente, ante el capataz, que, iracun-

do, quiso obligarle a declarar de dónde había sacado el rifle encontrado en la barca preparada para su huída.

El interrogatorio se celebró a solas: juez y acusado.

—Uno de mis hombres debe habérselo entregado. ¿Quién es él?

—Nadie me lo entregó. Yo lo robé.

—Si me dice usted el nombre del que se lo entregó, le dejaré partir libremente.

—Yo lo robé—repitió Ned.

—¡Es preciso que sepa la verdad! No puedo tolerar la presencia de un traidor entre mi gente... Si me lo dice, le dejaré comerciar tranquilamente en la comarca.

Nueva negativa de Ned.

—Le doy tres minutos de tiempo para que me lo diga. Pasado este tiempo, este revólver se encargará de hacer justicia.

Ned esperó tranquilamente, mientras Albret le apuntaba un arma.

Vencido el plazo, Albret insistió en que Ned hablase, pero éste, por toda respuesta, dijo:

—¡Cobarde! ¡No tiene usted valor para disparar!

Y fué a él, para arrebatarse el revólver, apareciendo, en aquel momento, Virginia, que se puso de parte de Ned.

Albret rechazó brutalmente la intervención de su hija en aquel asunto, pero ella, sin acobardarse, se confesó culpable, sin que Ned pudiese evitarlo.

—Yo fuí quien le entregó el rifle a este hombre.

—¿Tú? ¿Por qué hiciste eso?

—Porque le amo.

Entonces, el capataz, ciego de ira al pensar que aquel enemigo iba a vencerle hiriéndole en mitad del corazón arrebatándole su hija, gritó:



Y fué a él, para arrebatarse el revólver...

—Esta noche emprenderá usted la larga jornada, sin armas, ni provisiones, para que mueras como un perro en el camino.

—¡Padre! ¡Padre mío! ¡Le amo!

—¡Aparta!

—¡Padre, si usted comete este crimen me moriré de pena!

Ned, para defender a Virginia de las brutalidades del obcecado Albret, se lió con él a brazo partido, y durante la lucha, que cesó al presentarse la gente del Fuerte, cayósele a Ned la pitillera que perteneció a su llorado padre.

Albret recogió ese objeto, y recordó haberlo visto antes. Como iluminado repentinamente, mandó a sus hombres que se retirasen, y revivió, reconcentrado en sí mismo, escenas del pasado, que despertaban remordimientos de conciencia por la muerte de un hombre a quien un día llamó amigo.

—...Graham Stewart no le hacía el amor a vuestra mujer... Ella no le amaba... Todo era mentira. Graham era inocente. Y las mentiras que yo os dije, destrozaron el corazón de vuestra esposa... Y el vuestro. Y ellas también fueron la causa de haber mandado a Graham Stewart a la larga jornada—dijérale Le Voy, el intrigante, cuando se sintió morir, para lavarse en el arrepentimiento.

Virginia se había desmayado, y al despertar llamó a Ned.

—¡Ned! ¡Ned! ¿Te has marchado?

Albret consoló a su hija, buscando, a su vez, consuelo en su cariño.

—No, no... El está aquí—respondió.

A poco, el capataz entrevistóse con Ned.

—Si tu verdadero nombre es Stewart—le dijo—, yo conocí a tu padre, a quien perteneció esta pitillera que te devuelvo y que ignoro cómo pudo llegar a tu poder.

—¿Dónde conoció usted a mi pobre padre?

—Aquí mismo. Hace años... muchos años... causé un grave mal a él y a mi esposa. Hice caso de infames calumnias y mandé a tu padre a la larga jornada.

—¡Canalla! ¡Yo juré vengarle!

Rápidamente, Ned se apoderó del revólver del capataz, que se hallaba en tierra, y se lo encañonó en el pecho.

—Hazlo—dijo Albret entregándose.

El brazo de Ned se resistió a obedecer el impulso de su deseo de venganza, y la conciencia y el amor evitaron un crimen.

—No debo vengarme—pronunció Ned, desfallecido. Y marchóse.

*
*
*

Al amanecer, Albret dió órdenes urgentes que causaron admiración en el puesto. Nadie sabía qué suerte reservaba a Ned.

—Voy a mandar a mis hombres hacia el sur. Tú vas a seguirles—dijo el capataz a su prisionero.

Y luego:

—¡Esperad, que voy a dar una orden!—exclamó.

Todos escucharon atentamente.

—¡Encargo de la factoría a Ned Trent! ¡Todos obedeceréis sus órdenes!

La noticia causó sensación.

Ned fué el primero en sorprenderse, tanto más cuanto que Albret añadió, tendiéndole la mano:

—Mereces ese alto cargo, de absoluta independencia. Y confío mi hija a tus cuidados.

Ned buscó con la mirada a Virginia, cuya gentil cabecita, hasta entonces oculta, asomó entre la tripulación de una de las barcas, sonriéndole y llamándole a su lado.

Ned vaciló en dar la mano al que causó la muerte del que le dió el ser, pero comprendiendo que no era responsable directamente del mal, sino juguete de la infamia de otro hombre, olvidó, no dudando que su padre ya había perdonado desde el cielo.

Y le faltó tiempo para reunirse con Virginia.

Y así fué cómo, a pesar de todo, Ned emprendió la larga jornada para toda la vida, hacia Quebec, con su amada Virginia, donde sus existencias iban a unirse.

FIN

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

Prohibida la reproducción

PRÓXIMO NÚMERO

la preciosa producción PARAMOUNT

AMOR Y TRABAJO

Creación de los grandes artistas

NITA NALDI, BEBÉ DANIELS,

DAVID POWELL, etc. — GRAN ÉXITO

Postal-fotografía regalo: GLENN HUNTER

LA NOVELA SEMANAL

CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles — Precio: 25 cts.

LE RECOMENDAMOS DE NUEVO

si es que no lo ha hecho aún, no deje

de comprar el 9.º libro de la

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

de

LA NOVELA SEMANAL

CINEMATOGRAFICA

AMOR QUE REDIME

(ALICE LAKE y MILTON SILLS)

Precio popular:

50 céntimos

Se ha puesto a la venta el segundo número de **AYER Y HOY** con el siguiente SUMARIO

Las chicas de «El Siglo», por María Luz Morales.

Un ardid sentimental (novela corta), por Berta Ruck

El ladrón (diálogo teatral), por A. Gabriel Monrey

Por los caminos del mundo: Países maravillosos.

Cartas de amor, por H. de Balzac.

Me compré una vez un puro... (cuento), por José Baeza

Sección gráfica: Ocho páginas.

De la vida frívola.

Pequeñas grandes cosas, por José D. Benavides

Página de caricaturas: Suegras y niñas casaderas

Al caer las cadenas (novela cinematográfica), por Antonio J. de la Hoz.

Visitando cines: Pathé-Cinema, por Luís de Monserrat

Modas: Atavios deportivos, por Amaranta

Deportes: Alcántara juzga el actual momento deportivo

Colaboración intelectual: por Gilberto K. Chesterton

Teatros; por José Ponce de León

Cines; por Jorge Monteagudo

Corazones de hielo (novela de aventuras), por James Oliver Curwood

Página infantil - Amenidades - Chistes - etc.

Compre usted el segundo número de
AYER Y HOY
revista popular ilustrada que se publica todos los martes.

¡Un «magazine» en un semanario!

¡76 páginas!

¡40 céntimos!